



LA BONDAD.

Días pasados, queridos niños, hemos tenido una pequeña conferencia sobre la verdad y la mentira; hoy se me ocurre deciros algo á propósito de la *bondad*, que es una facultad que tiene su asiento más especial en el corazón, y es muy útil y provechosa por los buenos resultados que produce para uno mismo y para los demás.

Antes de pasar adelante en nuestra conferencia, parecía regular que definiésemos la palabra *bondad*: éste es el orden que aconsejan debe adoptarse los hombres de la ciencia y las reglas de la buena lógica; pero vuestra edad no es la más á propósito para comprender la importancia y el valor de las cosas por este sistema; de aquí el que sigamos en esta ocasión otro rumbo distinto, con el que espero comprenderéis en parte toda la importancia de esta fa-

cultad, y la conveniencia de educar en ella vuestro corazón.

Seguramente, niños míos, todos vosotros habréis oído repetidas veces, cuando se ha hablado de una persona que ha hecho muchos beneficios y es dulce y muy amable en su trato, calificarla ó decir de ella: ¡Qué bueno es! ¡Qué bondadoso!»

Hé aquí uno de los efectos de la bondad, lo cual nos enseña que trae su origen del bien, y con tal origen, natural es que sea una cosa excelente; porque el bien aquí viene á ser el sumo bien, es decir, Dios.

Y no podemos prescindir de buscar esta fuente divina, á causa de que, como en todo, el tipo, la base, es la bondad que viene del cielo; esto lo sabéis vosotros, pues en las oraciones que recitais diariamente en casa ó en la escuela, encontrais con frecuencia estas palabras ú otras

parecidas: « Dios bondadoso, la bondad de Dios. »

Así, pues, como Dios, ejerciendo la bondad, no desea otra cosa más que el bien, la dicha y la felicidad de todos nosotros, resulta que para imitarle en esto, lo que debemos hacer es desear también la fortuna de los demás, acudiendo á su auxilio en sus necesidades, y proporcionándoles todos los medios posibles para que sean felices.

Ahora creo que conoceréis un poco en qué consiste la bondad, y que al ver, por ejemplo, cómo un niño, compañero vuestro, que tiene un hermoso juguete, se resiste á prestároslo por un momento para jugar con él, podréis decir: « este niño no tiene la facultad de ser bondadoso; no es complaciente con sus pequeños amigos. » Y teneis razon, porque no comunica á los demás el bien que posee. Esta comunicacion es lo que caracteriza la bondad, de modo que, deseando que todos sepan lo que vosotros sabéis, que disfruten de los beneficios que la suerte os ha deparado, sois, por esta razon, bondadosos.

Las ventajas que se consiguen por este medio son innumerables; la primera y principal es atraeros las simpatías de todos aquellos con quien tratáis, ya sean vuestros compañeros, ya vuestros padres ó maestros.

Así conseguiréis todo cuanto podais desear, especialmente su amor y su cariño, que es lo principal para alcanzar la realizacion de vuestros deseos.

Muchas veces la sola presencia de un niño bondadoso en medio de dos niños que riñen basta para calmar su enojo; y con sus palabras consigue que los que hace un momento parecian dos enemigos encarnizados, se conviertan en los mayores amigos del mundo.

Ved, amados niños, qué influencia no ejerce la bondad sobre los corazones.

¡ Ah! Si pudierais ver hasta dónde llega esta influencia, pondriais todo vuestro empeño en trabajar por ser siempre bondadosos. Creédmelo; muchas guerras, mucha sangre se evitaria en el mundo si fuese más atendida la bondad; porque ni los hombres malos tendrían pretexto para cometer el mal, ni el ambicioso para satisfacer sus deseos; reinaria la caridad, y de esta manera nos amaríamos los unos á los otros con amor de hermanos.

Y esto se comprende bien: si al cometer vosotros, hijos míos, una falta cualquiera, si vuestro padre ó maestro os corrige con violencia, con demasiado rigor, el miedo os aturde, ofusca vuestro entendimiento, y ni podeis dar las disculpas que tendríais, y que tal vez disminuirían en algo la extension de vuestra falta, y ni aún hablar una palabra; pero si lo hace con bondad, con dulzura y con voz tranquila y reposada, ó no teneis sentimiento ni corazon, ó debeis llorar, conmovidos, el haber dado lugar á la repension de vuestro padre.

Parecido á esto sucede en el mun-

do entre los hombres; si la violencia de las pasiones los arrastra á veces á cometer acciones vituperables, y encuentran otros hombres tambien violentos que se oponen á sus designios, el choque que de esto resulte será, á no dudarlo, sangriento.

Disputas encarnizadas, que prometian ser eternas, se han terminado en un momento con la intervencion de una persona de carácter bondadoso.

Llegando á adquirir esta noble facultad del alma, teneis mucho camino andado para vencer las malas pasiones, como el orgullo, la envidia y la ambicion. La bondad las contiene á todas y las obliga á desaparecer de vuestro corazon. Ella sale al encuentro del orgullo cuando pretende que os considereis superior á otro compañero vuestro, porque sabeis mejor que él las lecciones que os ponen en el colegio, ó porque la Providencia os colocó en una clase más elevada, diciéndoos que por esta misma razon debeis demostrarle más cariño, ocultando cuanto os sea posible esa superioridad.

Ella contiene á la envidia en sus marmuraciones, considerando que, si vuestro compañero sabe más que vosotros, será porque ha estudiado más y mejor, ó la Providencia le ha concedido mayor talento, lo cual os debe obligar á respetar sus altos designios, acercándoos á él más y más para que os pueda hacer partícipes de su saber, facilitándoos el estudio de las lecciones que os ofrecen alguna dificultad.

Ella, por último, reduce la ambi-

cion á sus verdaderos límites, descartándola de todas las violencias é injusticias á que pueda arrastraros para lograr sus fines. Esta pasion no os domina por lo general, y sólo es propia de los hombres; pero debeis enriqueceros con los dones de la bondad para cuando vengan los años á sacaros de esa edad feliz en que ahora vivís.

Sí, amados niños; no olvidéis que la bondad es hermosa y que os transforma en ángeles y os lleva por la mano á ser felices.

La belleza de vuestro rostro infantil, el candor de vuestras miradas, la inocencia misma de vuestra alma se engrandece, resalta mucho más si sois bondadosos.

Las palabras que salgan de vuestra boca serán tambien dulces, gratas y persuasivas para vuestros padres y vuestros amigos, y os ayudarán muchas veces para contener los malos instintos de los que pretendan haceros algun daño. El más bello adorno, creedme, niños míos, que podeis ostentar, es un corazon todo bondad, es una arma invencible, una aureola que os sigue á todas partes.

Un niño disputador, áspero y duro en sus contestaciones, es como un bonito campo, pero sin flores, sin árboles que lo adornan y embellecen; por el contrario, un niño dócil, amable y dulce en sus palabras, es el verdadero retrato de un ángel que encanta y seduce, y á quienes todos admiran. ¿No es verdad que quereis pareceros á este ángel? Pues es muy fácil; no teneis más que ser bondadosos.

R. SEGADE CAMPOAMOR.



LOS TRES HEREDEROS DICHOSOS.

Un padre llamó á sus tres hijos y les dió, al primero un gallo, al segundo una hoz y al tercero un gato.

— Soy viejó, les dijo, y mi muerte está próxima; ántes de que llegue mi último dia quiero cuidar de asegurar vuestro porvenir. No tengo dinero que dejaros, y lo que os voy á dar os parecerá, sin duda, de poco valor; pero todo depende de la manera que sepais emplear la herencia: buscad cada uno un país donde el objeto que yo le deje sea desconocido, y habréis hecho vuestra fortuna.

A la muerte del padre el mayor de los hijos se puso en camino con su gallo; en todas partes, en la ciudad y en la aldea, encontraba abundancia de gallos, de manera que el suyo no llamaba la atencion y no le proporcionaba la menor ventaja.

En fin, llegó á una isla donde nadie sabía lo que era un gallo, y no podian saber, por consiguiente, cuán-

do era media noche y cuándo iba á amanecer.

— Vean VV., dijo el muchacho á las gentes de la isla, vean VV. un animal que, sobre ser muy gallardo y hermoso, tiene singulares cualidades. Por la noche, á una hora fija, canta tres veces, la última cuando va á salir el sol. Cuando canta de dia es señal segura de que va á cambiar el tiempo.

Esto agradó mucho á los habitantes de la isla: la noche siguiente nadie durmió, y todo el mundo esperó con la mayor cúriosidad que el gallo cantára, anunciando sucesivamente las dos, las cuatro y las seis de la mañana. Preguntaron, maravillados, si vendia el gallo y cuánto queria por él; y habiendo contestado que lo venderia por todo el oro que un jumento pudiera llevar, diéronselo de buen grado, muy contentos de poseer tan hermoso animal.

Viendo volver rico á su hermano mayor quedaron asombrados los otros dos, y el segundo resolvió partir tambien con su hoz á ver si le sucedia lo que á su hermano con el gallo. Pero en todos los sitios por donde pasaba veia aldeanos provistos de hoces tan buenas como la suya. Por fortuna llegó al fin á una isla donde nadie sabía lo que era una hoz. Cuando el trigo estaba ya lozano iban arrancando las espigas una á una, y en esto invertian tanto tiempo, que solia venir un pedrisco y acabar con la siembra ántes que la hubieran podido recoger. Cuando el muchacho se puso á segar con su hoz tan igual y tan brevemente quedó sorprendido todo el mundo, y no tardó mucho en vender tan útil instrumento por una crecida cantidad.

El tercer hermano quiso á su vez sacar partido del gato que le habia correspondido en el reparto de la herencia. Como sus dos hermanos, mientras estuvo en tierra firme, no encontró la ocasion que deseaba; en todas partes habia gatos en gran número. Por fin, llegó á una isla don-

de jamas se habia visto uno de aquellos animales; pero en cambio abundaban los ratones de una manera prodigiosa, y no habia modo de concluir con ellos. Todo el mundo estaba desesperado de ver tal inundacion de ratones, y temia llegára momento en que se comieran á la gente de la isla. El mismo rey no estaba seguro en su palacio, y amenazaba á sus súbditos, que le amaban mucho, con marcharse del país si no se hallaba medio de combatir aquella plaga.

En cuanto el muchacho soltó el gato en el palacio empezó á perseguir á los ratones, y éstos huyeron de tan poderoso enemigo, muriendo muchos á sus manos.

En seguida el rey compró el gato en una enorme cantidad, hizo traer otros gatos y se acabaron los ratones, y el tercer hermano volvió á su pueblo tan opulento como los otros dos.

Este cuento enseña que con la base más pequeña el hombre diligente puede encontrar la manera de vivir holgadamente.



LOS PRIMEROS PASOS.

¿Qué quiere el niño?

No lo sé: en brazos de su madre se encuentra, y de ellos parece querer desprenderse. Su agitacion es grande y su voz balbuciente; quiere en balde expresar el deseo que los gestos continuos, que la constante lucha pretenden significar.

El angelito ha visto junto á sí á otro niño que, con facilidad muy grande, sus pasos presurosos dirigia hácia él, y al verlo, sus bracitos le ha extendido cual si quisiera dirigirse á su encuentro.

Los niños parecen comprenderse: son ellos todos amigos en su inocencia grande.

Pero podeis ver: el pequeñuelo no está contento en brazos de su buena mamá; quiere arrojarse al suelo, desprenderse de ellos; quiere andar.

Andar, sí; él no ha andado nunca; tan sólo ha podido poner sus piecillos, cual si marchar quisiera.

Ahora, como ve junto á sí otro infantil personaje y distingue que anda fácilmente, cuando él no puede hacerlo, quiere imitar en todo á su jóven compañero; cual él, pretende andar.

Si su madre resiste, copiosas lágrimas el párvulo va á verter: los pequeñitos son á veces grandes en voluntad.

La ocasion se presenta para que el chiquitin dé sus primeros pasos:

si ha de darlos al fin, si al cabo él ha de andar, inútil no será aprovechar la vez que se presenta, y ver si es posible del niño satisfacer el deseo manifiesto.

¡Pobre niño!

En la vida, que es senda de amarguras, por donde habrá de caminar, él quiere, presuroso, empezar su carrera: dichoso, al fin, si tropiezos no encuentra en su camino, y siempre fácil y sin obstáculos le halla.

Quiere pronto empezar; la impaciencia hace al niño desear la juventud, que se le presenta cual risueña, tranquila primavera; ésta llega, y el estío con ánsia loca se retarda á su deseo ardiente: ¡vana ilusion del pensamiento humano, que luégo vuelve atras cual si quisiera hacer volver la pasada, fugaz primavera de la vida, la juventud florida, la inocente infancia, los dias aquellos en que empezando el viaje el viajero no se hallaba cansado, y creia fácil hacer el resto del viaje emprendido.

El niño, pues, no conoce, inocente, lo que con tanto ardor pretende: feliz sería, seguramente, si retardo pudiera dar, no apresuramiento, á la existencia suya.

En reflexiones el pensamiento vuela, olvidando lo que ante sí tenía: el niño persiste en su empeño; no olvida fácilmente su intento pertinaz.

Ante tal exigencia, su buena madre le baja de sus brazos, donde encontrára blando sosten su delicado cuerpo, y sobre el frio suelo posan al fin sus piés.

¡Terrible engaño!

El pequeñito no puede andar; sus piernecillas no tienen fuerza y vigor para sostener su ya pesado cuerpo.

Era sólo deseo, vana esperanza lo que al niño hacía mover su voluntad: si los brazos de su madre adorada no le sostuvieran con sostenido afan, ya sobre la mullida alfombra su cuerpecito hubiera venido á dar.

—¿Lo ves, mi niño?

No puedes aún andar; tu compañero es más crecido que tú; nació primero y por eso solo puede marchar; no tengas sentimiento, tú andarás algun dia.

¿No te conformas?

Pues entónces, con ayuda, pasitos muy pequeños alcanzarás á dar.

Vén, pequeñuelo: pasito á paso tú irás marchando con lentitud muy grande, aunque marchando al fin.

Y así diciéndole coge al niño, y casi suspendido le lleva por la sala en compañía de su tierno, cariñoso compañero.

Yo me engañaba: el niño anda ya; da sus primeros pasos, aunque estos sus piés tan chiquititos apenas

toquen de la alfombra la suave y lisa superficie.

El pequeñito sonrie de alegría, y sus actos demuestran claramente que le embarga regocijo muy grande, entusiasmo fugaz.

Y ¿por qué no?

¿Acaso no anda ya?

Sí; ya dió en la senda de la existencia suya los pasos que le abren el camino hasta el fin; éste emprendido, el viaje no cesa; tan sólo en el sepulcro habrá de terminar.

Debe alegrarse: algun dia, cuando los años traigan sobre su frente el peso ya insufrible de un pensar fatigoso, de un pertinaz pensar, querrá, sin duda alguna, al punto de partida volver, aunque esto sea imposible de realizarse ya.

Mas ese dia.....

Tanto habrá de tardar, que el pobre parvulito alegre; entusiasmado ahora debe estar, debiendo sólo gozo sentir.

Mas ¿qué veo?

Ya andar no quiere más; se ha cansado y á los brazos de su madre quiere de nuevo ir.

Feliz momento: los brazos cariñosos le esperan con afan; pero cuando la vida pase y cansado se encuentre, solamente la tierra descanso eterno podrá ofrecerle ya.

E. THULLIER.





LA NIÑA BUENA.

De la caridad vivía,
En nadie hallaba consuelo.....
¡La pobre niña tenía
A sus padres en el cielo!....

No poseía más en el mundo que el vestido que llevaba puesto y un pedazo de pan que le había dado una mujer caritativa.

Como estaba abandonada de todo el mundo, se puso en camino, confiando en que la Santísima Virgen la protegería.

En el camino encontró un pobre viejo muerto de hambre, que le dijo: «Niña mía, por amor de Dios, dame algo que comer.»

La niña le dió su pedazo de pan, y continuó su camino.

Más lejos halló un niño que lloraba; tenía una herida en la cabeza y no tenía con qué vendarla.

La pobre niña se quitó el pañuelo y cubrió con él la cabeza del niño.

Más allá había un niño que sin blusa y con la camisa rota estaba heladito. La niña se quitó el corpiño que llevaba y dijo al niño: «Abrígate con eso.»

No había andado mucho, cuando encontró una niña sin vestido; quitóse la falda y se la dió.

Llegó la noche, y la niña oyó gemir á una niña que en medio del camino estaba desnuda.

— Ahora es de noche y nadie me ve, dijo la niña buena, y se quitó la camisa para dársela á la niña que no la tenía.

Y ya no poseía nada en el mundo; pero en el mismo instante empezó á caer del cielo, al rededor de la niña

büena, una lluvia de monedas de oro, y se encontró por milagro vestida de riquísimas telas.

La niña no fué ya pobre; fué muy

rica, y todas sus riquezas las empleó en beneficio de los pobres.

(CUENTO DE GRIMM.)

ESCENAS INFANTILES.



AL ACOSTARSE.

Imágen es el lecho de la callada tumba ;
El sueño es de la muerte completa imitacion ;
No dejes que al pecado mi corazon sucumba,
Concédeme, Dios mio, tu santa proteccion.

Que el ángel de mi guarda de mí no se separe ;
Que sus brillantes alas extienda sobre mí,
Y velando mi sueño, que mi inocencia ampare,
Y dirija amoroso mi pensamiento á tí.

Si el sueño de la vida su fin próximo advierte,
Pasando cual relámpago de airada tempestad,
Haz. que despierte mi alma del sueño de la muerte,
Para gozar contigo por una eternidad.

JOSÉ M. G. DE ALBA.



EL TESORO.

(Conclusion.)

La vida que Cárlos practicaba apagaba poco á poco sus ardientes ambiciones; presenciaba la más sencilla felicidad; su paraíso no era un cuento de las *Mil y una noches*, sino un reducido espacio, lleno de atractivos, que él mismo podia encerrar entre sus brazos.

Sin embargo, todo esto sucedia sin que él mismo lo notase, dejándose llevar de su natural inclinacion, y sin estudiar la causa que le impelia á su nuevo proceder; su trasformacion, aunque visible para los que con él vivian, fué un secreto para Cárlos, pues no notaba su cambio, sintiéndose solamente tranquilo y más dichoso; la única novedad que apareció en sus sentimientos fué su amor hácia Susana, pues desde entonces la consultaba para todos sus proyectos.

Este nuevo elemento de felicidad, cifrado en su porvenir, modificó las demas; los millones ocultos, en vez de ser el objeto capital de su pensamiento, no eran más que un medio de verificar su union con Susana, mirándolos como una adicion importante, pero accesoria á sus esperanzas; por último, quiso saber tambien con entera certidumbre si su amor tenía correspondencia.

Paseábase una noche por la sala

miéntas que Vicente y su prima hablaban, sentados á la mesa, respectivamente al primer maestro de Cárlos, quien, despues de treinta años de una vida honrada y laboriosa, acababa de poner en venta sus utensilios de encuadernador con el objeto de retirarse á su provincia acompañado de su anciana esposa.

— Hé aquí un matrimonio que ha sabido fabricarse un paraíso en la tierra, decia el veterano, siempre de buen humor, siempre amigo del trabajo.

— Sí, respondia Susana con cierto ademan de conviccion, los más ricos pueden envidiar su fortuna.

Cárlos, que se paseaba en esto por delante de la jóven, se detuvo de pronto, y dijo:

— ¿Quisieras tú que tu marido te amase así, Susana?

— ¿Quién lo duda?... Si yo fuese tan dichosa... contestó la jóven, sonriendo y ruborizándose un poco.

— Bien pudieras conseguirlo, respondió Cárlos con prontitud, y para ello nó tienes más que decir una palabra.

— ¿Qué palabra, primo mio? balbuceó Susana, algo más turbada.

— Que me aceptas por marido, replicó el jóven encuadernador.

Pero como viese el movimiento de

sorpresa y confusion de su prima, continuó:

— No te turbes por eso, Susana; hace mucho tiempo que andaba inclinado á hacerte esta revelacion... esperaba para ejecutarlo una ocasion que nuestro tio conoce bien, pero tú debes tambien comprender que esta declaracion que te hago no es violenta, sino dictada por mi corazon... Ahora sé franca conmigo del mismo modo que yo lo he sido para tí, no me ocultes tus sentimientos; nuestro tio está presente y nos escucha, y nos reprenderá si no decimos cosa puesta en razon.

El veterano tomó de la mano á la jóven, y acercándola á Cárlos, dijo sonriendo:

— Vamos, habla.

— Susana, una palabra sola, nada más que una palabra, ¡por Dios! exclamó el jóven, que proseguia estrechando con emocion la mano de su prima. ¿Quieres ser mi esposa?

Susana escondió el rostro en la espalda del jóven, y llena de rubor dijo un *sí* casi inarticulado.

— ¡Bien, bien, y mil veces bien! exclamó Vicente, dando un golpe sobre la mesa... Vengan vuestras manos.

Y juntándolos, prosiguió:

— Ahora abrazaos. Os concedo esta noche para vuestras amistosas confiancias, y mañana hablaremos con más certidumbre acerca del negocio.

Con efecto, á la mañana siguiente el soldado llamó aparte á su sobrino, y le dió la feliz noticia de que la suma necesaria para emprender el via-

je se habia ya completado, y que en su consecuencia se podia señalar el momento de la partida.

Esta nueva, que en otro tiempo hubiera debido entusiasmar á Cárlos, le causó en aquel instante un sentimiento doloroso; era, pues, preciso dejar á Susana en el momento mismo de su más cordial afeccion; exponerse á todas las dificultades de un viaje largo, difícil, incierto, y cuando tenía más gusto en quedarse en Madrid. Llegó el caso en que el jóven maldijo los millones, qué era preciso ir á buscar tan léjos, porque despues que cambió su método de vida, sus deseos de riquezas se habian debilitado hasta cierto punto. Y con efecto, ¿á qué tanto oro para comprar ventura? ¿No la habia encontrado ya?

Sin embargo, no se determinó á decir nada á su tio, y aseguró que se hallaba dispuesto á seguirle. El inválido se encargó de los preparativos del viaje, para cuyo efecto estuvo saliendo muchos dias consecutivos, acompañado de Susana.

En fin, un dia se paró á la puerta un coche, y Vicente vino á anunciar al jóven Cárlos que era llegado el instante de la partida. Susana se hallaba ausente, y el buen soldado rogó á su sobrino que le siguiera y no la esperase para despedirse de ella, porque se habia marchado por no poder soportar el doloroso instante del último adios, aun con la esperanza de la vuelta. El tio y el sobrino entraron en el coche y dieron principio á su viaje.

Vicente tuvo el cuidado de agenciar y reunir, en una de sus salidas, todos los periódicos que habían hablado del famoso depósito en las márgenes del Duero, y cuando se vió solo con Carlos en el coche le entregó los papeles, rogándole al mismo tiempo que los recogiese todos por si contenian alguna otra indagacion más positiva que le pudiera ser de utilidad.

Carlos vió primeramente los papeles que hablaban de los pormenores que ya conocia; despues los que trataban respecto á la negativa del Gobierno; explicaciones acerca de várias indagaciones infructuosas hechas por muchos negociantes de Barcelona, y ya creia agotados los documentos, cuando se fijaron sus miradas en una carta firmada por un tal Pedro Satorres.

— Pedro Satorres, repitió Vicente; ése es el nombre del que era furriel de mi compañía.

— Con efecto, respondió Carlos, ése es el título que se da en la carta.

— Pues así Dios me salve, yo lo creia en el otro mundo. Sepamos lo que dice, pues era tambien uno de los confidentes de mi capitan...

Carlos, en lugar de responder, lanzó un grito, y habiendo acabado de recorrer la carta, palideció.

— ¿Qué sucede? preguntó Vicente con tranquilidad.

— ¿Qué sucede?... repitió Carlos; que Satorre dice la verdad; nuestro viaje es completamente inútil.

— ¿Por qué?

— Porque los cajones ocultos no

estaban llenos de dinero, sino de pólvora.

Vicente miró á su sobrino y dió una estrepitosa carcajada.

— ¿Con que, era pólvora?... exclamó riendo. Por eso ántes de enterarlos se sacaron de allí cartuchos...

— ¿Luégo V. lo sabía? interrumpió Carlos.

— Como que yo lo vi.

— Y entónces... V. me ha engañado, dijo el jóven; V. no creia la existencia de semejantes millones, y su promesa ha sido puramente una burla.

— Una verdad, replicó el soldado con gravedad; yo te he prometido un tesoro, tú le tendrás; solamente que no irémos á buscarle tan léjos.

— ¿Qué me quiere V. decir con eso?

— Pronto vas á saberlo.

El coche se paró á este tiempo delante de una tienda, los viajeros se apearon y entraron en ella. Carlos reconoció el taller de encuadernacion de su antiguo maestro, pero restaurado, muy pintado y con todas las herramientas necesarias para el oficio. Disponíase á pedir una explicacion respecto á lo que veia, cuando sus ojos quedaron clavados en el nombre del propietario del establecimiento, grabado con letras doradas en lo interior y más elevado de la tienda. La muestra decia: CARLOS MUÑOZ, ENCUADERNADOR.

En este instante se abrió la puerta de la trastienda y vió una bonita y elegante chimenea encendida, una mesa servida, y á Susana, que sonriendo le hacía señas para que entrase.

Vicente se encaminó hácia Cárlos, y cogiéndole la mano, le dijo:

— Hé aquí el tesoro que yo te habia prometido; un buen establecimiento que te proporcionará la subsistencia, y una buena mujer que te hará dichoso. Todo cuanto ves aquí lo has ganado tú con el sudor de tu frente, y en su consecuencia todo te pertenece... No te enojés si he llegado á engañarte; tú sólo ambicionabas la dicha, y yo me lisonjeo de habértela proporcionado, haciendo para ello como las nodrizas que untan de miel la superficie de la copa que contiene el líquido que rechazan los niños. Ahora, que conoces bien en qué paraje está la ventura, y que has

empezado á gustarla, no la rehuses más.

Acabada la comida dijo Cárlos á su prima que queria decirla un secreto. Retiráronse á una pieza donde habia una especie de pretil que daba á un patio, y abrazándola tiernamente la dijo:

— Es preciso que mañana seas mi esposa, la única cosa que falta para mi felicidad.

No pasó mucho tiempo sin que tuviesen cumplido efecto los deseos del jóven encuadernador.

En adelante fueron dichosos, merced á la singular estratagema del rústico veterano.

EL PERRO.

* Muchas son las anécdotas que se han contado de este animal; pero creemos que no habrán oido nuestros lectores las siguientes:

Hace algunos años que un canónigo y un perro tuvieron una reñida querrela, el perro mordió al canónigo al pasar por delante de la puerta de su amo, y él sacudió á este animal sendos bastonazos, y habiendo acudido los transeuntes á separar á los contendientes, sin permitir al perro que se arrojase de nuevo, como iba á hacerlo, á las pantorrillas del canónigo; pero éste, permítasenos esta expresion, pensó que no hallaria otro medio mejor de vengarse que contrahaciendo en la igle-

sia la voz del canónigo, que era muy áspera y desagradable. Todas las fiestas y domingos no faltaba el perro de ir á la iglesia con su amo, y en cuanto su enemigo cantaba, él se ponía á aullar con toda su fuerza y en el mismo tono; no bien concluía el canónigo cesaba él tambien. El buen prelado se quejó al dueño del perro, y le hizo promesa que le encerraria en su casa á la hora de misa ó de vísperas: en efecto, así lo hizo, y al entrar en la iglesia dijo al canónigo: «ya no molestará hoy mi perro, porque lo he encerrado»; pero el buen hombre no contaba con la travesura de su perro. Viéndose este animal solo en su casa á la hora que

acostumbraba entrar en la iglesia, buscó los medios de evadirse, y saltando por una ventana que halló abierta, corrió á la iglesia y se escondió debajo de un banco sin que nadie le viese: hasta que el canónigo no cantó, el perro no chistó tampoco; pero luégo que aquél empezó su salmo, el perro comenzó á aullar con toda su fuerza. Su dueño quedó sorprendido al oír tan inesperado ruido, y el canónigo, enfurecido, hizo citar ante el juez al amo del perro, pretendiendo que él tenía parte en las insolencias de su animal, y pidiendo su castigo. El juez se rió de la demanda, y las partes fueron enviadas como habian entrado.

Un escribano tenía un perro llamado Mufti, á quien queria mucho. Un dia que debia recibir una suma de 10.000 reales en el campo, montó á caballo y se dirigió al sitio, seguido de Mufti. Este animal fué testigo de todo, vió cómo el escribano contó el dinero, cómo lo metió en sus sacos y como montó á caballo con aire satisfecho.

Mufti tomó parte en la alegría de su amo, salta en torno suyo y ladra para felicitarle. Hacia el mediodia se ve obligado el escribano á apearse, ata su caballo á un árbol y pasa á un vallado: al alejarse se acuerda que ha dejado el dinero en el caballo, y temiendo que cualquiera que lo sepa se apodere de él, vuelve y toma su saco, lo pone á su lado al pié de un zarzal, donde se detiene algun tiempo: despues se levanta y

se dispone á partir, sin acordarse del saco.

Mufti, que habia observado todos sus movimientos y que le seguia todos sus pasos, advirtió esta distraccion, corre al saco, intenta levantarlo ó arrastrarlo con sus dientes, pero pesaba demasiado: vuelve adonde estaba su dueño y le tira de los vestidos para impedirle que suba á caballo, lanzando fuertes ladridos. El escribano no hace caso alguno, separa su perro y parte.

El perro se admira de que sus avisos no sean escuchados; se arroja delante del caballo para impedirle el paso, ladra hasta que le falta la voz, su celo le ciega, se arroja al caballo y le muerde en cuatro ó cinco partes.

Entónces el escribano comienza á concebir sospechas de que su perro está enrabiado. En ciertos espíritus las sospechas se cambian pronto en certidumbres. Mufti, aunque sin aliento, continuó en gritar, y en el exceso de su celo no cuidó de descansar. «¡ Ah! mi desgracia es cierta, exclama el escribano, mi perro tiene rabia; si mordiese á algun pasajero..... es preciso matarle: ¡ un perro que me es tan fiel! pero no hay remedio; llegaria á morderme á mí mismo. Es un deber.» Y diciendo esto toma una pistola, apunta á su perro, y cerrando los ojos, le dispara. El perro cae, y revolcándose en tierra, se vuelve hacia su amo y parece que le echa en cara su ingratitud.

El escribano se aleja estremecido, se vuelve á ver á Mufti, quien agita

su cola al mirarle, como para darle el último adios. El escribano, desesperado, es tentado á bajar del caballo para buscar algun remedio al tiro que le ha lanzado, pero el temor de su persuasion le detiene, continúa tristemente su camino, entregado á mil pesares, á mil remordimientos, y seguido de la imágen de Mufti moribundo, no sabe cómo expiar este acto de barbarie: todo lo que tiene daria por repararlo, y maldice mil veces su viaje. De repente esta idea le recuerda la de su saco, observa que no lo lleva consigo y se acuerda del sitio en que lo dejó;

esto es para él un rayo de luz, entónces ve la explicacion de los gritos y de la cólera del desgraciado Mufti.

Vuelve á todo el galopar de su caballo por su dinero, deplorando su injusticia: un reguero de sangre que ve en el camino le hace temblar de horror y pone el colmo á su dolor: llega al pié del zarzal, ¿y qué ve? á Mufti espirando, que habia ido arrastrando hasta allí para velar al ménos por el bien de su desgraciado señor, y para consagrar en su servicio hasta el último instante de su vida.

ACTO SOLEMNE.

El lunes 21 del corriente el Colegio católico de Nuestra Señora la Inmaculada Virgen María, sito en el barrio de Salamanca, Serano, 84, tuvo la honra de recibir á su eminenca el Cardenal Simeoni, Nuncio de S. S., quien, con motivo de la inauguracion de su capilla-oratorio, se dignó celebrar de pontifical y dar la Sagrada Comunión á los niños y profesores, que lucian sobre su pecho el escapulario de su Patrona y titular.

Recibieron á S. Emma. al pié de la escalera principal del Colegio, hasta donde llegó el coche, el Director D. Carlos Servert y los profesores, con traje talar los eclesiásticos, y de toga y birrete los seglares, conduciéndole despues por entre dos filas de colegiales hasta el oratorio, en cuya puerta esperaban el Sr. Cura de San José, dos sacerdotes distinguidos y seis niños colegiales vestidos de sotana y sobrepelliz ó roquete, todo arreglado, en color y gusto, á los oficios que cada cual desempeñaba.

Era magnífico el aspecto que presentaba la capilla. Su altar, colocado bajo un grandosel azul con fleco de oro, que llenaba un precioso cuadro de la Inmaculada, y en medio de dos cortinas, pabellones de igual color con transparentes, se veia acompañado de dos mesitas-credencias colaterales y un comulgatorio enfrente, todo vestido de merino blanco con franja azul y tres Marias bordadas á realce, adorno sencillo, pero que formaba un conjunto simétrico y bello.

Principió el santo sacrificio de la Misa con acompañamiento de armonium y violin, á cargo de los profesores D. Justo Blasco, de la capilla Real, y D. Pedro Urrutia, honra de Monasterio, cantando sucesivamente las distinguidas señoritas doña Ángela Lopez y doña Carolina Servert, procedentes ambas del Colegio de San Antonio de los Portugueses, y hermana esta última del Director, con el gusto y sentimiento que les caracteriza, pero que en semejante ocasion lograron

distraer el alma de sus terrenales afectos para elevarla á la contemplacion de lo divino. La Srta. Servert estuvo muy feliz en el *Bendita sea tu pureza*, que le ha dedicado el Sr. Blasco, y cuya ejecucion es de lo más selecto y sentimental en las producciones de tan reputado autor; quien á su vez, al finar la Misa, cantó *El Nazareno* con la expresion y dulzura que acostumbra.

Despues del ofertorio, el Sr. Cura de San José pronunció unos patéticos fervorines que disponian al Santísimo Sacramento, y al concluir, S. Emma., con el carácter apostólico de Príncipe de la Iglesia, con la bondad y sencillez de su corazon virtuoso y paternal, que no reprende ni manda, sino que aconseja y suplica, dirigió á los niños una plática bellísima en el fondo y en la forma, aconsejándoles, entre otras cosas, la obediencia como deber respecto á sus padres y profesores, y como ejemplo con relacion á sus hermanos menores, recomendándoles tambien la devocion á la Santísima Virgen, sobre cuyo punto arrancó algunas lágrimas por la fe y ternura de su consejo, y exhortando, por último, á los padres á que cuidasen de aquellas porciones de sus entrañas que en aquel momento él les entregaba santificadas, para que, conservándolas así, lograsen saludables frutos ellos, la Iglesia y la sociedad.

Á la salida de la capilla se le sirvió un modesto chocolate, que se dignó aceptar, concluido el cual pasó á la sala de recibo,

donde le esperaban los colegiales y familias para besar su anillo. El Director dió allí á S. Emma., en sentidas y expresivas frases, las gracias por el honor inmerecido tributado al Establecimiento, y el niño Ramon Servert le presentó un pequeño recuerdo, pronunciando estos cinco versos:

Hacednos el alto honor
De aceptar este presente,
Que aunque pequeño en valor,
Es una ofrenda inocente
De gratitud y de amor.

Y terminó el acto dando S. Emma. la bendicion, que todos recibieron de rodillas, despidiéndole pocos momentos despues los profesores y alumnos, colocados en igual orden y sitios en que ántes le saludaron.

Entre los concurrentes, familias todas distinguidas de los colegiales, merecen citarse las de los Marqueses de Guadalest, Conde de Cuba, Arenal y Acapulco, las de los generales Servert, Pavia y Morales de los Rios, las de los Sres. Mendez Vigo y Pareja de Alarcon, la del popular escritor Guerrero (D. Teodoro), y otras que sentimos ahora no recordar.

Reciba el Sr. Servert nuestra cordial enhorabuena por la honrosa distincion que ha merecido su excelente Colegio, pues estamos seguros de que ella será un estímulo más para continuar su noble tarea de educar la niñez en las provechosas y divinas prácticas de la religion, únicos senderos por donde se llega á la ciencia.

LECCIONES DE MUNDO.

PÁGINAS MORALES EN VERSO,

POR

TEODORO GUERRERO.

SÉPTIMA EDICION, AUMENTADA CON NUEVOS CONSEJOS Y MÁXIMAS Y CON UNA SECCION DE CUENTOS MORALES.

Se vende á 4 reales en toda España. Pedidos á la Administracion de Los Niños, plaza de Matute, número 2, ó al autor, Serrano, 82, en Madrid.

MADRID, 1876.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra),
IMPRESORES DE CÁMARA DE S. M.]